

# NOTAS Y COMENTARIOS

## *Una polémica del siglo XIX en verso latino*

La vuelta al seno de la Iglesia de gran parte de los partidarios de la Iglesia («Petite Eglise») de la Vendée, y de los Stevenistas de Bélgica, como consecuencia de las benévolas disposiciones que en 1956 y 1957 tomó respecto de ellos el llorado Pío XII, ha acrecentado el interés por las cuestiones históricas y canónicas relacionadas con estos movimientos cismáticos. Precisamente con ocasión de estudiarlos más de cerca, hemos tropezado con un curioso caso de polémica, sostenida en versos latinos, del que queremos decir algo a los lectores de «Helmántica» en esta nota <sup>1</sup>.

Para situar debidamente el caso, daremos primero unas pequeñas indicaciones históricas. Invadida Bélgica por los ejércitos franceses, sufrió aquella nación las consecuencias de su anexión, como simples departamentos, a la nación vecina. Así ocurrió también en el terreno religioso, y no faltaron dificultades al tratar los franceses de obligar al clero a prestar juramento de «odio a la monarquía», al que se negaron la mayor parte de los eclesiásticos belgas. Cuando Pío VII llegó a un acuerdo con Napoleón para la firma del célebre Concordato de 1801, hubo también acontecimientos muy tristes en Bélgica.

---

<sup>1</sup> Hemos seguido para este trabajo a J. SOILLE, *Corneille Stevens, Vicaire général de Namur Sede vacante 1747-1828* (Gembloux, 1957), y *Notes pour servir à l'histoire du Stevenisme* (Gembloux, 1958).

En efecto, el Vicario capitular de Namur, *sede vacante*, admitiendo la legitimidad del Concordato y de los nuevos Obispos, se negó a colaborar con ellos, dando como razón que el gobierno francés había promulgado, al mismo tiempo que el Concordato propiamente dicho, los «Artículos orgánicos» que destruían de hecho en gran parte lo que el Concordato había concedido a la Iglesia. Sabiendo que el Papa había protestado contra ellos, Stevens, que así se llamaba el Vicario capitular, aconsejaba resistir. Y cuando los Obispos, nombrados de acuerdo con el Concordato, solicitaron que el clero firmara una fórmula de adhesión al mismo y de sumisión al Jefe de cada diócesis, se produjo un fuerte movimiento de resistencia. Muchos sacerdotes se negaron a firmar, a aceptar puestos en la nueva organización y a tener ningún contacto con los Obispos. Esta resistencia conoció fases muy agudas con ocasión de la implantación del catecismo imperial y de la creación de la Universidad imperial. La invasión de los Estados del Papa, y la prisión de éste hizo que se multiplicaran sus adheridos. Sin embargo, Stevens nunca negó la legitimidad de los Obispos, como por ejemplo lo hicieron los partidarios de la Iglesiasita en Francia. Y él, y la mayor parte de sus amigos, se sometieron en 1814, al caer el Imperio.

Hubo sin embargo algún caso más extremado: el de la Iglesiasita de Namur, cuyo jefe, Theys, antiguo cura de Jumet, debiera llevar su posición hasta el mismo borde del cisma: para él los Obispos habían perdido su jurisdicción por su implícita adhesión a los artículos orgánicos. Eran intrusos. Theys, hombre de escasos estudios, y de una obstinación a toda prueba, murió sin haberse reconciliado con la Iglesia. Lo mismo ocurrió con otras disidencias parecidas que se habían producido en Flandes. No así con otras como la fundada por Winnepennickx, cura de Leerbeek, que dió origen a los impropriamente llamados stevenistas que, según hemos dicho al principio, están actualmente volviendo hacia la Iglesia.

En este cuadro histórico tenía necesariamente que producirse una abundante literatura polémica. Por lo común se trata de copias anónimas, sin indicación acerca del autor que, ordinariamente, se oculta bajo un seudónimo cuyo misterio es difícil

de penetrar. A veces tales seudónimos proporcionan auténticas sorpresas. Así cuenta J. SOILLE, el principal historiador de estos tiempos del stevenismo, la que él personalmente experimentó cuando supo que «sor Victoria», a quien, como es natural, había tenido siempre por una religiosa, apareció firmando una carta en la que nos cuenta que «había rehusado en 1809 ir a decir misa a St-Aubain una vez, o acudir allí a vísperas, o aceptar la comunión del obispo». Se ve por tanto que la tal «sor Victoria» era un sacerdote que rehusaba dar el menor signo de adhesión al obispo de Namur.

Sin embargo, no hay regla sin excepción. Así, gracias a su afición a escribir versos acrósticos, podemos hoy presentar a nuestros lectores la figura de un curioso poeta latino, ardiente partidario del stevenismo: el abate Joseph Maiter, cura de Han-sur-Lesse.

Un día en que había estado a punto de caer en manos de la policía, pudo escapar, no sin haber pasado un buen susto, y encontrar otro refugio más seguro. Ocurrió la cosa en 1808. Y desde su nuevo escondite tuvo humor para escribir a sus amigos un billete, con unos versos acrósticos, dándoles cuenta de la aventura. Dice así:

*Me juvit Omnipotens, evasi vulturis ungues.  
Apta spelunca fuit prima, favente Deo.  
Inscius eventus mihi singula membra tremebant.  
Tutus eram minime; jam capucinus ego  
Extrahar ad cellam misere rapiendus, ajebam.  
Res fuit ast aliter credere quam licuit.*

No era la primera vez que esto hacía, pues ya anteriormente había redactado otros versos, también acrósticos. Pero su presentación exige dar unas notas acerca de la persona y de los acontecimientos.

Es poco lo que sabemos de él. Hijo de Laurent Maiter y de Marie- Agnès Dormès, había nacido en Salm, y aparecía como aspirante a las Ordenes sagradas en 1778, ya que en esa fecha un grupo de habitantes del pueblo hicieron una suscripción para proporcionarle el título de ordenación. No sabemos los puestos que ocupó antes de la Revolución. Al sobrevenir el

Concordato era cura de Han-Sur-Lesse, y fue invitado, para conservar su puesto en la nueva organización, a firmar su adhesión al obispo. Así lo hizo. Pero cinco meses después comprendió «su falta» por la intervención de un compañero. Entonces se creyó obligado, como tantos otros, a retirar su declaración. Y no sólo lo hizo de manera oficial, sino que además hizo circular entre los sacerdotes una pública confesión, escrita en versos latinos. La transcribimos a continuación.

*Schema doloris amice tibi transmitto sodali*

Jussa Pii spreui, divino lumine pulso,  
 Occubui insidiis quas nimica cohors  
 Struxerat incautis, torrentem sumque secuutus;  
 Esset culpa minor si latuisset hamus.  
 Principiis statui sacris obstare scienter;  
 Haec socios velim non latuisse meos.  
 Mens mea continuo pactus me tangit et angit:  
 Ah! scius ac stultus lapsus uterque jacet.  
 Inter presbyteros sapiens vix cernitur unus;  
 Turmatim fallax arte sophisma struunt.  
 Eu! quinto organicis pudibundus mense favebam:  
 Religionis amor fecit adesse pium  
 Confratrem, laqueis qui me liberavit iniquis.  
 Unde haec mi requies? Tantus et unde favor?  
 Respueram medium, lumenque videre negaram  
 Et Deus indigno non negat auxilium!  
 Dammo sophisma nequam cujus numerabar alumnus.  
 Effluat ex oculis plurima meis gutta:  
 Haec pateant sociis, orbis mea scandala noscat,  
 Adversam exemplo discat abire viam.  
 Non puduit vos me laudare sophisma secutum,  
 Sic juvet adversam nunc tenuisse viam.  
 Urget Roma suos strenue certare clientes,  
 Rectaque ne negligent principa illa monet.  
 Lex immota manet semperque immota manebit:  
 Ergo Roma mihi religionis apex.  
 Subscriptus vivens, moriens subscribor eidem;  
 Sicque Pii ductus lumine tutus ero;  
 Error eat rapiatque suos erroris alumnos (*Hasta aquí los  
 acrósticos*).

Dante Deo tandem vincula prava rupi:  
 Parce Deus, misere; pereant mea scandala. Frater  
 Immemor esto tibi me nocuisse meo  
 Exemplo, stantem sed lubi posse memento!





Dum Pacto errores et schismata Roma coercet,  
 Et reprobat cultus *Organa* dicta sacri;  
 Gallia praeponit sacris malefida profanum  
 Qui PORTA haeretica est LIS quoque schismatica.

Añadido a mano se encuentra en un ejemplar el siguiente dístico: .

Nulla fides Gallo, veteres dixere; hodiernis  
 Qui regnant, dic quaeso, quanta fides?

Se conserva también otro acróstico: «Leve Schema», cuyas letras iniciales dicen: «Republique française, maintenant impériale, organique».

Como se puede imaginar la policía francesa no tarda en ocuparse del fogoso polemista, y le coloca pronto en la lista de los «indeseables». Con lo que se vió obligado a elegir entre dos partidos: o alejarse, a alguno de los departamentos vecinos, o esconderse en su propia parroquia. Ya durante la revolución lo había hecho, cuando rehusó prestar el juramento de «odio a la monarquía». Ahora volvió a su antigua vida, escondido en una casa, a la orilla izquierda del Lesse. Sin embargo, quedaba la posibilidad de mantener cierto contacto con sus colegas, y a ellos dirige de vez en cuando billetes latinos contándoles su triste vida en compañía de ratones y ratas, en una caverna estrecha. He aquí un ejemplo, en que también utiliza los acrósticos:

*Maestus ab humanis exulor alloquis:  
 Arcta spelunca mihi, muribus associor.  
 Incocti versus nostra momenta terunt...  
 Tutus ab insidiis praesulis, oro Deum.  
 Est tamen interdum nausea magna mihi.  
 Restat, amice, tuis ut juver auxiliis.*

Parece sin embargo que su aislamiento no era total. Al menos en el registro de bautismos que se conserva en la parroquia, inscribió su sucesor quince niños, el primero bautizado en 1803 y el último en 1805, bajo esta indicación «Duxi necessarium inscribere infantes baptizatos a Ro. D. Joseph Maiter qui dixit se

sequi opinionem stevenistam usque ad convictionem contrarii». No alcanzamos a comprender enteramente lo ocurrido. Quince niños en doce años es muy poco para una parroquia. ¿Es que Maiter bautizó sólo en los casos urgentes? ¿Es que consideraba como ilegítimo al nuevo cura, al estilo de los partidarios de la Iglesiasita? En este caso se podría suponer que estos quince niños son hijos de los adheridos a tal facción. Pero, como hemos dicho, desconocemos cuáles sean sus opiniones con certeza.

Lo que sabemos seguro es que con el tiempo y el encierro se fue agriando su genio. Un día llegó hasta él la noticia, muy verosímelmente falsa, de que el Obispo había hablado en términos duros de Stevens. No hizo falta más para que Maiter cogiera la pluma y atacara con inaudita violencia al prelado:

Dum lupus Ardennae rapturus currit ad oves  
Ullulat et sparsas arte requirit oves...

Y después, con vehemencia se muestra campeón de Stevens:

«...»Stevens insanit», Namurcus praesul aiebat;  
»Tardior ingenio nullus in urbe datur».  
Inscie! Perdocti quid carpis dogma magistri?  
Nullus adhuc valuit solvere scripta lupus...».

Algo parecido ocurre cuando, hasta su rincón, llega la noticia de que el obispo ha tenido una larga conversación, de más de dos horas, con un colega, el cura de Hodister, llamado Poignefer, invitándole a volver a la Iglesia. El cura resistió, y recibió la entusiasta felicitación de Maiter:

«Praesulis aspectum haud timuisti, chare sodalis;  
Opponit tenebras praesul, sed victus abibit.  
Inspice, praesul ait, sunt nulla obstacula posthac.  
Germinal extat, pro certe, praesul, aiebas;  
Non valet actor ovans veritatem reddere mutam;  
Errores glomerans errore sophismata probat»,  
Fortis sed Sampson mendacem profligat hostem.  
Errant qui numero fidunt. Hic victor abivit;  
Res mira, exiguus non horruit hostem.

Después de estos versos, en los que según su costumbre, nos ha dado con las iniciales el nombre del cura de que se trataba, añade entusiasmado, refiriéndose al parecer a Stevens:

«Ardennae vivat dignus cum praeside clerus!  
Si numero paucus, numeroso restitit hosti».

No sabemos lo que opinaría el «praeses», de tales versos, pero lo podemos imaginar conociendo, como conocemos, los esfuerzos que hizo por moderar el excesivo celo de sus partidarios, empeñados en llevar hasta el borde del cisma su actitud de desprecio hacia los obispos concordatarios.

Supiera o no Maiter esta reprobación, continuó en sus críticas. No es posible seguirle, sin fatigar al lector. Daremos sin embargo alguna otra muestra de su agudo ingenio y de su diestro manejo del latín. Se trata de reprochar a un sacerdote llamado Maboge la falta cometida al volver a ejercitar sus funciones públicas, sometiendo al obispo. Como de costumbre, los versos llevan, con sus iniciales bien señalado el nombre del culpable:

*Mixtus es organicis celebrando publica sacra.  
Ac neque prosequitur te cataphractus eques.  
Bella tibi praesul jam nulla movere minatur,  
Organistica miser! Portalis acta foves;  
Germinal est tua lex; tua non est Roma magistra!  
Esse Pii si vis, organa pelle prius!  
Caesaris ut multi numeraris amicus:  
Portalis et Petrus nonne quadrare quaeunt?*

Otro colega, llamado Antoine, cura de Erneville, sin retractarse, dejó sus funciones y su puesto a su vicario, el abate Gerard. Contra ambos escribe Maiter. Reprocha al primero su hábil manera de componer el asunto, con los siguientes acrósticos:

*Ah! Pudet organici cultus te stare ministrum;  
Non onus in socium te exonerasse pudet.  
Tene docet simulare Eleazarus? Absit, amice;  
Oblatam renuis premere dente dapem;  
Is docet haud dominis servire posse duabus.*



Num satis esse vides, quod celebrare neges?  
 Exstat adhuc nexus quem dissoluisse teneris  
 Si cupis esse Deo junctus amice tuo.

En cuanto al coadjutor, que ya hemos dicho se llamaba Gerard, le dedicó los siguientes versos también acrósticos:

Germinal exstat adhuc, haec lex perterruit Antoine,  
 Exemplo docuit quae facienda tibi.  
 Respice, qua causa socius celebrare negavit:  
 An lupus esse voles, cum lupus esse nolit?  
 Respice, si sapiens, via num haec tibi tuta videtur;  
 Dum salus optetur, tuta petenda via est.

En fin, he aquí las lindezas que dedica a un Thomas que atendía una parroquia:

Terrae, Christus ait, sal te decet esse sacerdos:  
 Hoc sed corruptum calce viator arat.  
 Olim presbyteros caute lex sancta regebat,  
 Mordax sed miseros dividit error eos.  
 An caro corrupto servatur sale linita?  
 Si male pastor olet, foetet oportet ovis.

Después de 1.808, cuando la policía estuvo a punto de detenerlo, se pierden por completo sus trazas. En 1809, a propósito del matrimonio del Emperador, escribió otro pequeño acróstico. Y en 1814 firmó, juntamente con Stevens y todos sus compañeros la célebre «Memoria» dirigida al Papa inédita hasta ahora. Ciertamente no volvió a ser nunca cura de su parroquia. Parece ser que animó a sus fieles a rehusar la obediencia a su obispo, y que algunos de ellos le atendieron, y persistieron en su resistencia, capitaneados por el abate Louis, hasta el 1838 en que los últimos Stevenistas de Han hicieron su sumisión pública al obispo de Namur que pasaba por la parroquia.

Es muy posible que el tono de los billetes polémicos redactados por Maiter deje un gusto amargo a nuestros lectores. Con razón, porque a la vista está cuando faltan a la caridad y cuán lejos se encuentran de reflejar la debida sumisión a la autoridad eclesiástica. Tengamos sin embargo en cuenta que por lo común los sacerdotes desobedientes eran, a juicio de todos,

piadosos, ejemplares, llenos de celo. Nadie, ni sus mismos enemigos, les podía negar la rectitud de intención. Habían sufrido mucho durante la revolución y les resultaba duro creer que el Papa hubiera podido condescender con el emperador y con todo lo que el régimen francés era y significaba. De todas formas, por mucho que queramos disculparles, siempre pesará sobre ellos la tremenda responsabilidad de haber suscitado un cisma que solo en nuestros días está en trance de extinguirse.

LAMBERTO DE ECHEVERRIA.